024-037 Cotton and tobacco (old book 23-31)

Vincents text Spanish DeepL My new book

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
| 24On my way to Florida in the winter, I discovered where this fear and hostility, which blossomed into my terrifying encounter in the Northern streets, had its roots. Few blacks today pick cotton, but meeting those still trapped behind the cotton curtain, in the midst of the affluent society of the 1970s, seemed so surreal that I immediately felt thrown back in history—smothered by the cotton whose white tyranny once shrouded all black life in the South.When I worked in the cotton fields, I discovered the reality was quite different from the one suggested in the historical photos and caricatures I recalled of smiling, almost childishly happy cotton pickers. The smiles in this picture were in fact the only ones I saw on the cotton plantations—when one of the pickers couldn’t figure out how my camera worked.29It took me a long time to overcome their hostility and fear of me as a white, but in the end I got to stay with Martha and Joe in return for giving them all the cotton I picked. Though I toiled from morning to night and was aching all over, I never succeeded in picking more than four dollars’ worth a day. The others were more experienced and could make over six dollars a day. This was relatively the same as today, where I see Martha and many of the others working for Walmart and still unable to pull themselves up by the bootstraps. We worked on a piecework basis and were paid four cents a pound. The white landowner then resold it on the market for 72 cents a pound. I began to understand how the landlord could afford to live in a big white mansion while his black pickers lived in shacks.At quitting time the son of the landlord arrived to weigh the cotton and pay us on the spot. We were exhausted and there was no joy in receiving the money, which could hardly be stretched to cover kerosene for the lamp at home in the shack, which was probably no bigger or better than the ones the slaves originally lived in. How can these people be called free, when everything around them reminds them of the old master-slave relationship?33*Slave driver**The tables are turned now**catch a fire**you’re going to get burned now.**Every time I hear the crack of the whip**my blood run cold**I do remember on a slave ship**how they brutalized my very soul.**Today they say**that we are free**only to be chained in this poverty!**Good God**I think it’s illiteracy**it’s only a machine that makes money.*A century earlier, whites had believed it their “natural right” to invest in human beings as private property. Hour after hour, in an updated version of this belief, well-to-do Northerners swept past us in the cotton fields in their big motorhomes on their way to sunny Florida. (Many of the northern universities where I later spoke, such as Harvard, were once financed by slavery.) Today each of their rolling homes burns up as much gas in an hour as we could buy after a whole day of picking cotton. Why are paper-shufflers in New York and Massachusetts, who already have huge homes, able to have these motorhomes while the cotton pickers don’t have even a waterproof shack to live in?34In the tobacco fields also, I saw that whites owned and directed everything, while blacks had to trail after them, both in the spring, when the tobacco was planted and unemployed women watched from their shacks, and in August, when it was picked. “It’s real nigger-work,” I heard whites say. “They’re already black so the tar doesn’t stick to them as much.” By law the workers are guaranteed a minimum wage, but it’s only 1/3 of Denmark’s. Worse, since tobacco picking is seasonal work and there’s not much work the rest of the year, it was indeed a meager income they scraped together. These people, who could’ve gained equality and freedom if they received just a couple of cents per packet of cigarettes sold, wore facial expressions as they worked only a slave could wear.37Later in the summer, the tobacco was dried and sold at auction. In few other places do we so visibly and forcibly continue to imprint the master-slave relationship on the consciousness of blacks. Wherever I go, I see white buyers from the tobacco companies who walk in front, giving quick discreet signals with pointed fingers and wagging heads, while the blacks rush behind them packing the tobacco bundles. The whites drive right into the auction hall in big flashy cars. They eat plate-size steaks for lunch at indoor tables, while the blacks have to eat their brown-bag lunches outside.Today, most blacks have abandoned the tobacco fields to underpaid, illegal immigrants from Latin America. | 24En mi viaje a Florida, en invierno, descubrí dónde tenían sus raíces ese miedo y esa hostilidad, que florecieron en mi aterrador encuentro en las calles del Norte. Hoy en día, pocos negros recogen algodón, pero encontrarme con los que todavía están atrapados tras la cortina de algodón, en medio de la sociedad acomodada de los años 70, me pareció tan surrealista que inmediatamente me sentí retroceder en la historia, asfixiada por el algodón cuya tiranía blanca envolvía toda la vida de los negros en el Sur.Cuando trabajé en los campos de algodón, descubrí que la realidad era muy distinta de la que sugerían las fotos históricas y las caricaturas que recordaba de los recolectores de algodón sonrientes y casi infantilmente felices. Las sonrisas de esta foto fueron, de hecho, las únicas que vi en las plantaciones de algodón, cuando uno de los recolectores no entendía cómo funcionaba mi cámara.29Me costó mucho tiempo superar su hostilidad y el miedo que me tenían por ser blanco, pero al final conseguí quedarme con Martha y Joe a cambio de darles todo el algodón que recogía. Aunque trabajaba de la mañana a la noche y me dolía todo el cuerpo, nunca conseguí recoger más de cuatro dólares al día. Los otros tenían más experiencia y podían ganar más de seis dólares al día. Era relativamente lo mismo que hoy, cuando veo a Martha y a muchos de los demás trabajando para Walmart y todavía sin poder salir adelante. Trabajábamos a destajo y nos pagaban cuatro centavos la libra. El terrateniente blanco la revendía luego en el mercado a 72 céntimos la libra. Empecé a entender cómo el terrateniente podía permitirse vivir en una gran mansión blanca mientras sus recolectores negros vivían en chabolas.A la hora de salida llegó el hijo del propietario para pesar el algodón y pagarnos en el acto. Estábamos agotados y no había ninguna alegría al recibir el dinero, que apenas alcanzaba para cubrir el queroseno de la lámpara de casa en la choza, que probablemente no era ni más grande ni mejor que aquellas en las que vivían originalmente los esclavos. ¿Cómo puede esta gente llamarse libre, cuando todo lo que les rodea les recuerda la antigua relación amo-esclavo?33*Conductor de esclavos**Ahora las tornas han cambiado**coge un fuego**ahora te vas a quemar**Cada vez que oigo el chasquido del látigo**se me hiela la sangre**Recuerdo en un barco de esclavos**cómo embrutecieron mi alma.**Hoy dicen**que somos libres**sólo para estar encadenados en esta pobreza.**Buen Dios**Creo que es el analfabetismo**es sólo una máquina que hace dinero.*Un siglo antes, los blancos creían que su "derecho natural" era invertir en seres humanos como propiedad privada. Hora tras hora, en una versión actualizada de esta creencia, los norteños acomodados pasaban por delante de nosotros en los campos de algodón en sus grandes autocaravanas camino de la soleada Florida. (Muchas de las universidades del norte en las que hablé más tarde, como Harvard, fueron financiadas en su día por la esclavitud). Hoy en día, cada una de sus casas rodantes quema tanta gasolina en una hora como la que podríamos comprar después de todo un día de recogida de algodón. ¿Por qué los papeleros de Nueva York y Massachusetts, que ya tienen casas enormes, pueden tener estas autocaravanas mientras que los recolectores de algodón no tienen ni siquiera una choza impermeable donde vivir?34En los campos de tabaco también vi que los blancos eran dueños y directores de todo, mientras que los negros tenían que ir detrás de ellos, tanto en primavera, cuando se plantaba el tabaco y las mujeres desempleadas lo vigilaban desde sus chozas, como en agosto, cuando se recogía. "Es un verdadero trabajo de negros", oí decir a los blancos. "Ya son negros, así que el alquitrán no se les pega tanto". Por ley, los trabajadores tienen garantizado un salario mínimo, pero sólo es un tercio del de Dinamarca. Y lo que es peor, como la recogida de tabaco es un trabajo estacional y no hay mucho trabajo el resto del año, se trata de unos ingresos escasos. Estas personas, que podrían haber conseguido la igualdad y la libertad si recibieran tan sólo un par de céntimos por paquete de cigarrillos vendido, llevaban expresiones faciales mientras trabajaban que sólo podría llevar un esclavo.37Más tarde, en verano, el tabaco se secaba y se vendía en subasta. En pocos lugares se sigue imprimiendo de forma tan visible y forzada la relación amo-esclavo en la conciencia de los negros. Allá donde voy, veo a los compradores blancos de las compañías tabacaleras que van delante, haciendo rápidas y discretas señales con los dedos en punta y moviendo la cabeza, mientras los negros se apresuran detrás de ellos a empaquetar los fardos de tabaco. Los blancos entran en la sala de subastas en grandes y llamativos coches. Almuerzan filetes del tamaño de un plato en mesas interiores, mientras que los negros tienen que comer su bolsa marrón fuera.Hoy en día, la mayoría de los negros han abandonado los campos de tabaco en favor de los inmigrantes ilegales mal pagados de América Latina. |  |